

que fuesen sus formas, su origen y su legitimidad, plegarse y someter con su arbitrio la ley emanada de la fuente más autorizada.

La soberanía inalienable del derecho natural parece haber sido su más íntima convicción, como la exhaló entre los quejidos de su alma, cuando esperaba prisionero la muerte decretada en los sombríos juicios de la tiranía ⁽¹⁾.

Siendo el pueblo el intérprete genuino de este principio de irrevocable equidad, Antequera debió llegar á la democracia.

La preocupación contemporánea le detuvo, y se echó en brazos de los privilegios urbanos.

Su empresa, revestida con la popularidad menos equívoca, triunfó en las pasiones interiores, y reinó en el seno de la provincia, levantando sobre sus propias fuerzas, los poderes públicos, que lo encarnaban.

Los jesuitas pusieron en la balanza todo el enorme peso de sus influencias, y las armas de la República guaraní.

El odio de los paraguayos contra la compañía no reconoció límites.

Por desgracia el bando inicuo de los encomenderos, venía al combate por su antagonismo contra los jesuitas, y no sólo envolvió á Antequera en planes funestos, y por suerte no realizados, contra la independencia contemporánea de las Misiones, sino que escandalizó la historia con

(1) Memorial ajustado de don José de Antequera y Castro.

sus criminales excesos contra los religiosos, que se vieron cruel y violentamente expulsados de la capital.—En 1725 cayó el partido de Antequera bajo las fuerzas combinadas de los jesuitas y del virrey, que envió al mando de don Bruno Zavala las milicias de Buenos Aires y Corrientes á sofocar la rebelión.

El señor Antequera, prófugo de la provincia y encarcelado en Lima, no por eso abandonó á sus antiguos correligionarios.

Su amigo don Fernando Mompó, tribuno fogoso y partidario audaz, armado con su pensamiento y su elocuencia, se lanzó del Perú al Paraguay tras la esperanza de una victoria para las ideas que alimentaba.

Fué él quien sin recelo ni prudencia, puso la bandera del privilegio y la soberanía de las ciudades en manos del partido de Antequera, y renovó la guerra civil, haciendo de la inclinación del pueblo hacia los cabildos la base de una política, retrógrada, por cuanto llevaba á la desigualdad; estéril, por cuanto no desenvolvía acertadamente el principio comunal; é injusta, porque perseveraba en el despotismo de las minorías.

Vencido á su vez por la traición de Barreiro, primer presidente de la provincia, cuando se organizó el gobierno de los *Comuneros*, consiguió escapar del fin trágico que la crueldad del absolutismo le hubiera deparado sin duda, como á su noble predecesor, brutalmente sacrificado en Lima en Julio de 1731, contra la turbulenta oposición de la capital del Perú, que pedía su vida con

voces de humano liberalismo, sofocados á balazos por los genizaros del virrey.

Antequera y Momo se extraviaron á mi juicio, faltos de prudencia el segundo, y de lógica ambos.—El Paraguay no se hallaba en aptitud de apegarse á un principio democrático. El señor Antequera, cuyas premisas lo eran esencialmente, distrae su raciocinio y busca un símbolo práctico que lo aproximara al imperio de los principios de derecho natural invocados, sin que se tocaran con las formas populares de que huía.

Momo proclama el privilegio urbano.

En consecuencia, ni el uno ni el otro, introducían como estímulo al progreso colonial, sino el sentimiento vivo de la fuerza pública y el respeto á las decisiones comunes.—Grave trascendencia habría entrañado este ejemplo, que robustecía la conciencia popular, si la revolución se hubiera apoyado menos en el instinto y más en las ideas.

Pero en la colonia no existían.

El derecho era un arcano mudo y obscuro para aquellas almas, sistemáticamente envueltas en la ignorancia.

Sus dotes sobresalientes para la vida libre eran neutralizadas por estos defectos de incurable alcance, que dibujaban ya en el horizonte el círculo oprimido del localismo fanático, que explotó después el doctor Francia, para aniquilar la fibra del pueblo, seduciéndolo con engañosas satisfacciones.

Apenas separado Momo de la escena revolucionaria, una anarquía repugnante y gangrenosa convulsionó por largo tiempo la provincia.

Hice notar antes la fatal alianza de los encomenderos con la revolución.

Como en toda época de honda perturbación, no quedó germen de podredumbre que no brotara, no quedó interés ilegítimo, ni aspiración torcida, que no se pusiera en actividad al amparo del tumulto y el desgobierno.

La expedición de Zavala en 1735 y el gobierno reaccionario de don Rafael de la Moneda aterrizaron la provincia, y la dejaron ciega y enervada por el azote de la venganza y las fatigas de la guerra.

Hasta 1740 había atravesado el Paraguay por veinte y tres años de convulsiones, de desastres desoladores, de guerras ruinosas y de satisfacciones sangrientas, tomadas en el día de la victoria por el absolutismo colonial.

Las exploraciones paraguayas debían promover una recrudescencia en la tiranía.

Terribles son las reacciones de los sistemas dominantes, cuando principios opuestos han colocado en peligro su prestigio.

La causa más noble y pura incurre frecuentemente en ese delirio al renovar su dominio sobre las aras sangrientas de las batallas.

Así se levantaba la inquisición reaccionando en nombre del Evangelio y de la economía social, en tiempos oscuros y apasionados, en que la libertad, diosa oculta y fugitiva, no encantaba aun la historia con el delicioso espectáculo de sus triunfos pacíficos é indulgentes.

La victoria del norte en la guerra civil de los

Estados Unidos es un hecho sin ejemplo, porque no lo tiene sino en la aspiración generosa y en los sueños de paz de la conciencia humana, el reinado de la santa democracia, despojada del sable y armada por la industria y la religión, con el bálsamo que cicatriza y robustece los pueblos torturados.

La monarquía española estaba en el polo contrario de este ideal, bella é infalible esperanza de la especie racional. Reaccionó, por consiguiente, y reaccionó con frenesí.

Desalentado el pueblo paraguayo, vióse sometido á la pobreza y la desventura, sin fuentes en que poder retemplarse, reponiendo el vigor perdido en la guerra civil, en las depredaciones de los bárbaros, y en los crecientes desmanes de los paulistas, atentos y celosos en aprovechar la anarquía de sus enemigos.

El Paraguay fué el paria del Río de la Plata.

Durante el gobierno de don Jaime Sanjust, sintió que se helaba su sangre y que amenazaba ruinas por todas partes. Su savia devorada por el centralismo administrativo: la navegación de su río cerrada aun á su propio tráfico: el recargo siempre creciente de los derechos de tránsito, que disolvían la unidad colonial, sensible sólo por su aspecto odioso: el estanco de sus primeros, más ricos y más abundantes productos: el desdén con que se miraba su suerte: el sacrificio de sus hombres esparcidos en las fronteras y en las guarniciones de todo el litoral: desastres sin cuento ni justificación, eran la ven-

ganza brutal de la tiranía contra la patria de los comuneros.

Sí, señores: si se niega que un robusto instinto de libertad hervía entre aquellos hijos de los vizcainos, heredado con la sangre de Oyolas y de Irala, yo rasgo ante los ojos del que tal negación nos lance al rostro, el velo de la edad, que encubre aquel espectáculo doloroso, en que el Paraguay se consumía, sitiado por hambre por la venganza monárquica, y desaffo á que se me explique, sino por la reacción y el intento de anonadar peligrosas semillas, tan estúpido lujo de crueldad.

El Paraguay pagó su crimen, si crimen es vivir.

Vivía es cierto, entre porciones estrechas y sin rumbos luminosos; ¿de quién la culpa, señores, si no de un sistema estacionario y retrógrado, que fundaba las esperanzas de su dominación en la debilidad y el embrutecimiento de las colonias? No era culpable el Paraguay de sus insensateces de niño. Lo eran los gobiernos que no educaban estos pueblos, en los cuales rebotaba la virilidad.

Las máquinas estallan cuando se sofoca el vapor, y los hombres y los pueblos se corrompen, cuando se oprimen sus pasiones.

Así el error trajo la venganza, y la venganza el desaliento, y por una espiral de desventuras, en que destaca siniestra y aterradora la sombra del doctor Francia, ha llegado á ser el ludibrio de las gentes y el oprobio de los inicuos.

Vana fué la protesta leal y cuerda de su Cabildo, cuando reclamaba en 1750 contra las exacciones de valores y de sangre que la oprimían: vano el esfuerzo de Sanjust, por abrir, (con el tabaco de rapé), una nueva fuente á la industria y á la riqueza. El absolutismo colonial había amarrado la provincia, que siguió á Antequera y á Mompó, en el potro de los tormentos.

Ved ahí, señores, su situación á mediados del siglo XVIII.

Añadid á este cuadro los progresos de la usurpación paulista, que señoreaba ya con poblaciones permanentes las márgenes del Guatimí: y añadid por fin, con la expulsión de los jesuitas, la clausura de la única industria y comercio de esta región, estériles y pervertidos en su organización y resultados, sin duda, pero que al fin eran una esperanza, por el hábito popular del trabajo, hasta que los pueblos guaraníes cayeron, sin sacudir el comunismo, bajo la voracidad y la tiranía de administradores rapaces é inmorales. ¡Pobre pueblo, víctima sin gloria de su precocidad en las pasiones liberales: alma desequilibrada en que el instinto se adelantaba á la razón, y volaba aislada en regiones oscuras, que el sentido vivo de la libertad no inundaba con el diluvio luminoso de su antorcha! ¿No os comprueba, señores, esta larga y oscura tragedia, y perdonadme si tanto inculco en esta idea radical; no os comprueba, digo, que las colonias del Plata, el Paraguay como el Tucumán y Buenos Aires, estaban abrumadas por la omnipotencia sobe-

rana y la fanática idolatría del estado? *Suprema lex populi salus esto*: ved ahí el axioma de la política tirana de los romanos. Sustituid en el despotismo absorbente de toda fuerza y derecho personal, los monarcas absolutos á los patricios señores de la ciudad eterna y privilegiada, y encontraréis, engastada como un cáncer en la conciencia histórica de los siglos, la misma omnipotencia del estado, que se encarnaba en los reyes: *Salus regi suprema lex*.—Desaparezca la propiedad: anúlese en buenhora la riqueza local: caiga en la humillación la corona entretrejida por la madre naturaleza, y que refresca las frentes de la personalidad libre, cuando la agobian los azares y torturas de la responsabilidad moral,—¿qué importa, señores, si la salud del estado es la suprema ley? Así el estado se embebía en las libertades usurpadas, y con la fuerza que arrancaba á la soberanía del individuo y del pueblo, las oprimía más violentamente para devorarlas en un sacrificio indefinido, semejante al cuervo que desgarraba eternamente las entrañas de Prometeo, nutrido y fortificado con su propia sangre, en tanto que la víctima padecía inmóvil: amarrados,—el héroe de la fábula antigua en los ásperos picos de la roca,—y los pueblos niños del Río de la Plata, en la horrenda picota de la ignorancia....

Imaginad, señores, un pedazo de tierra desbordando fertilidad, encerrado entre un desierto y tres naciones, circunscripto por ríos magníficos y montañas encumbradas, obstruído por bos-

ques y sembrado de lagunas, habitado por una raza fuerte como el antiguo cántabro, pacífica y calmosa empero, pues la abrumba el calor enervante de los trópicos.—Esa raza, que mezcla á sus pasiones tradicionales, el horrible recuerdo de una conquista sin nombre, porque al fundirse la sangre del vencedor y el vencido, engendran con el hijo el heredero de tantos odios; esa raza, digo, azotada en un martirio sangriento, y encerrada por los tiranos en el rincón del suelo que ocupá, sintiendo hervir en el fondo del alma el despecho y palpar la fibra de sus rencores, de sus aspiraciones al dominio propio,—ve levantarse un día un hombre gigantesco: un genio diabólico le hace sombra, destila en sus labios entreabiertos la gota de sangre que le halaga, y dice al pueblo: obedéceme y te haré rey, y vivirás solo y tranquilo.—Obedéceme!—¿No vés, replica el pueblo, no vés allá en la ancha puerta de los mares un pueblo heroico que me llama á la libertad?—Ese es tu enemigo, y el pobre esclavo cree: esclavo sí, porque en adelante lo fué: la entrada de sus ríos fué cerrada y el terror difundió con el miedo la obediencia.—El gigante vencía... Temo de la amistad, se dijo, y desató el espionaje... Temo de la familia... y apagó el hogar... Temo de la ciencia, y cerró la escuela. ¿Te refugias á llorar, pobre esclavo, bajo la techumbre del santuario?... Abajo el altar! y el altar también cayó.... ¿Quién te auxilia, genio siniestro, en tu empresa ya triunfante de arrancar de aquel pueblo la fibra de la libertad y apa-

gar en su cabeza las luces de la civilización? ¿Quién, señores, sino la propia tendencia del pueblo que dominó, á sacudir por el aislamiento la coyunda, que sus antiguos tiranos apretaron sobre su frente altiva? Prometióle el verdugo aislarlo, y el pueblo se puso en sus manos... ¡había llorado tanto!... Lo aisló, es cierto, pero lo aisló de la comunión del heroísmo y del derecho, y derrumbando el altar y dispersando la familia, dejó al hombre solo, envuelto en la tormentosa atmósfera de la delación, frente á su poder sangriento, y arrancó la sociedad de sus caminos para precipitarla en la barbarie.—Sólo la venganza de los Borbones pudo sujetar á tan horrenda ley de decadencia, un pueblo inocente, porque amó su libertad. El Paraguay es un mártir.—Gloria, señores, á quien lo arranque del suplicio y ponga en sus manos el cetro de las democracias!